



Soy una criatura de la Revolución / Nancy Morejón

Cincuenta años de Palabras a los intelectuales / Fernando Martínez Heredia

En el aniversario 50 de Palabras a los intelectuales. Perseverar por toda la justicia: cultura en revolución / Jaime Gómez Triana

Gracias, Fidel / Omar Valiño

Las “Palabras a los intelectuales” a la vuelta de medio siglo / Aurelio Alonso

Para nosotros, todo; para el enemigo, nada / Ambrosio Fornet

Quince notas sencillas sobre palabras a los intelectuales / Luis Toledo Sande

El universo de Palabras a los intelectuales / Fernando Rojas

Soy una criatura de la Revolución

Nancy Morejón

Dice algún crítico, de lo que en mi juventud se llamaba Europa Occidental, que los poemas no tienen que ser explicados. A mí no me gusta explicar los poemas, el poema tiene que existir por sí mismo e intentar encontrar un eco, una audiencia, sin embargo, en este caso, yo me siento en la obligación de dar algunas ideas alrededor del poema que van a escuchar, porque pienso y por supuesto me adhiero a un hallazgo literario de Roberto Fernández Retamar de los últimos cinco u ocho años, en donde se explica por qué la poesía es un reino autónomo.

Como saben ustedes, Retamar fue de los poetas, de los jóvenes escritores de aquel entonces que estuvo presente en esa primera gran reunión de los escritores y artistas de Cuba con Fidel; y yo quiero relacionar ese hecho y esas ideas de Roberto, porque creo que en esas palabras de junio de 1961 Fidel creó una alfombra, una alfombra que nos cobijó y que hizo posible ideas, como la idea de la poesía como reino autónomo y la posibilidad de expresión, no solo de las generaciones más jóvenes, sino de todas las generaciones que coexistíamos en aquel momento, y yo quería que ustedes me permitieran leer breves fragmentos de las palabras que yo pronuncié cuando recibí el Premio Nacional de Literatura; yo decía en aquel entonces:

He buscado sin tregua darle voz a un coro de voces silenciadas que a través de la historia, mucho más allá de sus orígenes, su raza o su género, renacen en mi idioma. Entre las elegías de Nicolás Guillén y el gesto rumoroso de la poetisa güinera —hoy mayabequina o mayabequense— Cristina Ayala, ha fluido mi voz buscando sitio entre el violín y el arco, buscando el equilibrio entre lo mejor de un pasado que nos sometió sin compasión a la filosofía del despojo y una identidad atropellada en la búsqueda de su definición mejor.

Me ha importado la historia en letras grandes, me importó la historia de abuelas pequeñas, adivinatoras, las que bordaron el mantel, donde comían sus propios opresores; historia de látigo, migraciones y estigmas que llegaron por el mar y al mar vuelven sin razón aparente.

Formo parte de una familia, una comunidad, una nación de las que no he querido, ni he podido apartarme, sino que las reclamo con amor en cada uno de mis gestos; el amor supone comprensión infinita y una conciencia de que somos semejantes al prójimo. Sin haber tenido la experiencia directa de la guerra, proclamo que estoy contra la guerra por la dignidad plena de los seres humanos.

La Revolución está en mí como la astilla en la herida, como el sol de todos los días, como la cambiante luna de mis barrios, como la profundidad de los pintores renacentistas o quizás como la de los pintores primitivos haitianos, siempre inventada, pero siempre visible.

Ningún poema mío refleja la Revolución, ni la fotografía siquiera, no la adula tampoco, sino que la provoca en su apariencia trascendente, pero soy una de sus criaturas, soy una criatura de la Revolución.

He buscado la paz y aunque la palabra “paz” suene hoy —en aquel entonces 2002— como un sarcasmo, como una broma de mal gusto entrando al siglo XXI, a un nuevo milenio cuyo umbral parecería otra página de Julio Verne, la palabra paz es hoy una abstracción tras la cual se esconde la verdadera historia de la humanidad.

Frente al riesgo de presenciar el exterminio de nuestro planeta en donde reina la destrucción y la muerte debemos encontrar una paz tangible, reconciliada con el trabajo y la cultura. Frente a los que quieren restaurar los reinos de la muerte, escribo.

Y escribí este pequeño poema el 24 de junio pasado.

AL VUELO

Hay aires en la mañana sola

bailando entre las plumas de los gorriones

Hay aires al mediodía

bailando entre las fauces de los tanques

Hay aires en la tarde

bailando entre los humos de la carne quemada

Hay aires en la noche trunca

bailando entre los gritos de un niño que sobrevivió.

Entre las sombras de un patio

hablan las plumas de los gorriones

clamando por una paz necesitada

Hay aires en la mañana quieta

volando ante mis ojos

Hay aires en la mañana nuestra

bailando entre la plumas de los gorriones.

Muchas gracias

Intervención de Nancy Morejón en el acto de conmemoración del 50 Aniversario del discurso "Palabras a los intelectuales" de Fidel Castro, el 30 de junio de 2011, en la Biblioteca Nacional José Martí.

[Ir Arriba](#)

Cincuenta años de Palabras a los intelectuales

Fernando Martínez Heredia

Me preocupa mucho que la circunstancia de la cual es hija “Palabras a los intelectuales” haya sido olvidada. Fue en el verano de 1961, cuando salían legalmente por el aeropuerto hacia Estados Unidos casi sesenta mil personas en tres meses. Es decir, un sector que podía viajar en avión se marchó, horrorizado ante la victoria de los revolucionarios en Girón. El 1º de Mayo desfilaron los milicianos desde el amanecer hasta la noche. Una semana después, fue nacionalizada toda la educación en el país. La administración de las grandes rotativas había pasado a la Imprenta Nacional de Cuba desde marzo de 1960; entre mayo y los inicios de 1961 desapareció o fue nacionalizada la mayoría de los medios de comunicación de propiedad privada. La prensa de la ciudad de La Habana era de una riqueza y una diversidad extraordinarias. Tenía más de una docena de diarios nacionales, varios de ellos con decenas de páginas y secciones en rotograbado, otros pequeños pero muy ágiles; estaban llenos de informaciones, reportajes, crónicas, secciones, comics. Por toda la isla había numerosos diarios. La revista semanal Bohemia era la más leída e influyente, la más importante de su tipo en la región central del continente y fue una sistemática opositora a la dictadura. No debemos olvidar que el consumo de esos medios era la actividad intelectual más extendida e importante de las mayorías.

Aquel mundo de tanta amplitud y alcance tenía a su cargo tareas principales de socialización de la palabra, escrita y hablada, esta última a través de un formidable conjunto de emisoras radiales, nacionales y regionales, que gozaba de una audiencia y una influencia descomunales. La novedosa televisión era la pionera de América Latina, se había implantado para todo el país y avanzaba en numerosos terrenos a una velocidad impresionante. Los medios cumplían funciones de la mayor importancia en el equilibrio tan complejo que mantuvo la hegemonía de la dominación durante la segunda república. Una libertad de expresión muy amplia había sido, al mismo tiempo, una gran conquista ciudadana y un instrumento delicado de manipulación de la opinión y de desmontaje de las rebeldías. Pero desde enero de 1959 estaban cambiando las ideas y los sentimientos, las motivaciones y los actos, en todas las esferas públicas, cada vez con más fuerza, extensión y profundidad, y este sistema social de reproducción –el universo de los medios, como diríamos ahora– tenía que transformarse a fondo, como tantos otros campos de la sociedad. Durante su vertiginoso proceso de eventos y cambios la Revolución trabajó con los medios que existían y con los que ella fue creando, en medio de conflictos crecientes. La intensificación de los enfrentamientos marcó la crisis y el final de aquel sistema, mediante la expropiación de casi todas las empresas privadas de medios de comunicación. El Estado cubano se hizo cargo de ellas.

¿Cómo ilustrar la trascendencia de esos hechos? En los días de “Palabras a los intelectuales” habían desaparecido el mundo empresarial en una actividad especializada que en Cuba contaba con más de siglo y medio de existencia, y un proceso de libertades de expresión burguesas comenzado ochenta años antes, bajo el régimen colonial. El periodismo de las dos últimas décadas del siglo XIX contó con un mar de publicaciones, que creció mucho en la primera república, e incorporó la radio desde los años veinte.

Esa época terminó en 1960-1961. No hay que confundirse: la mayor parte de los medios siguió existiendo, y continuó allí una buena parte de los que trabajaban en ellos. La nacionalización de los medios es un hecho histórico decisivo; la vida, el contenido y otras muchas cuestiones de los medios en los años sesenta es otro hecho histórico. Doy dos simples ejemplos. La emisora COCO, “el periódico del Aire”, de Guido García Inclán, un periodista que tenía un gran prestigio cívico, continuó diciendo más o menos lo que le daba la gana durante varios años más. La Revolución mantuvo el diario El Mundo, una empresa moderna nacida con el siglo, en manos de antiguos activistas católicos, patriotas revolucionarios, hasta su desaparición a fines de la década. Allí tenía una sección Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, y recuerdo una polémica fraternal que sostuvo con el joven profesor de marxismo Aurelio Alonso, acerca del origen de la vida.

En aquellos tres años del 59 al 61, la gente se fue apoderando de su país: empresas, escuelas, tierras, bancos. Y de su condición humana, su dignidad, su ciudadanía, su esperanza. La riqueza social comenzaba a ser repartida entre los miembros de la sociedad. Pero todo era muy complicado y difícil; por ejemplo, en un momento dado amenazaron quebrarse las relaciones entre la ciudad y el campo, algo imprescindible para que se pueda vivir en ciudades. Se rompió para siempre la subordinación que existía de la gente de abajo, los jornaleros, los obreros, los desempleados, las mujeres, los negros. No hay manera de describir bien cuántos significados tuvo eso. Un orden social es una maquinaria muy compleja, gigantesca, pero con mecanismos delicadísimos en los que basa su funcionamiento, su reproducción y el consenso de las mayorías a ser dominadas y vivir del modo en que vive cada clase y cada sector. Aquel orden se fue desbaratando, y en 1961 fue identificado, aplastado y despreciado. Por eso la Revolución reunía, al mismo tiempo, victorias inigualables, necesidades sin cuento, urgencias graves, desórdenes y disciplina, desafíos mortales, un descomunal sentido histórico y un hambre insaciable de personas capaces.

Girón fue el gran triunfo del pueblo entero armado. A veces el artista es más sintético –y más acertado-- que el científico social, como cuando Sara González canta: “¡nuestra primera victoria, nuestra primera victoria!”. Para la clase alta y amplios sectores de clase media fue, tenía que ser, el certificado de su derrota. Su respuesta más socorrida fue con los pies. Entre ellos se marcharon la mitad de los médicos y un gran número de profesionales y de técnicos. Se vivía en eterna tensión, cambiaban las relaciones y las ideas que se tenían sobre ellas, y sucedían extraordinarias desgarraduras. Desde 1960 eran una realidad las bandas contrarrevolucionarias en el Escambray y otros lugares del país; en su mayoría era gente de pueblo, que peleaba contra la revolución que pudo haber sido su revolución. Algunos ponían bombas en La Habana, provocaban incendios, asesinaban milicianos. Es decir, se desplegaba ante todos el correlato inevitable del poder popular: la virulencia de la lucha de clases.

Como todos saben, el imperialismo norteamericano ha sido el protagonista principal de la contrarrevolución, desde el inicio hasta hoy, con saña criminal y con método al mismo tiempo; lo ha hecho contra la más elemental decencia, y a veces también contra su propia eficiencia. Pero ha sido y es el pueblo de Cuba el que ha vivido y sufrido todo este proceso. En 1961 y 1962 una cantidad enorme de jóvenes pasó a dedicarse a la defensa del país, se multiplicaron las escuelas militares y los batallones de milicias, convertidos en unidades militares, y se crearon los tres ejércitos. Lo fundamental para la revolución durante la primera mitad de los años sesenta fue la defensa, aunque al mismo tiempo se realizaron las tareas más asombrosas. La declaración de que la revolución era socialista y democrática, de los humildes, por los humildes y para los humildes, se la hizo Fidel en la calle a una multitud armada. Todos cantaron a continuación

el Himno Nacional y se dio la orden a todos de regresar a sus unidades militares. La primera orden del socialismo cubano fue: “marchemos a nuestros respectivos batallones”.

El proceso revolucionario era el centro de la vida intelectual del país en 1961. En junio, ya la Revolución controlaba directamente todo el sistema escolar y todos los medios de comunicación, y se planteaba la necesidad de transformar la Universidad; seis meses después se promulgó la ley de reforma universitaria. La mayor revolución intelectual de 1961 fue, con mucho, la Campaña de Alfabetización, un acontecimiento intelectual incomparable por su contenido, su alcance transformador y su trascendencia. La gran invasión no fue la de Girón, fue la de los alfabetizadores por toda Cuba. Los héroes intelectuales del año 61 se llaman Conrado Benítez y Manuel Ascunce, y la canción de tema intelectual más importante comienza así: “Somos la Brigada Conrado Benítez...”

Este es el país y esta es la circunstancia en que se celebraron las reuniones de los intelectuales en la Biblioteca Nacional. Me extendí tanto porque me parece necesario. Las artes tienen una importancia excepcional en las sociedades, por su naturaleza, sus significados y sus funciones sociales, pero es imposible entender nada de las artes si no se sitúan en sus condicionamientos, en cada caso determinado históricamente. En aquel verano en que sucedían tantas cosas, la Revolución pretendía crear y desarrollar sus instituciones políticas, estatales y sociales. Cuba socialista necesitaba una unión de escritores y artistas, un partido político de la revolución, un aparato estatal apropiado, una asociación de agricultores y otras muchas instituciones. Por eso me falta todavía mencionar un condicionamiento.

La unidad política estaba en el centro de la estrategia de la dirección, en dos planos: la unidad del pueblo y la de los revolucionarios. La primera tuvo como base original la identificación masiva con el Ejército Rebelde, Fidel y el movimiento revolucionario. Entre 1959 y 1961, esa base se amplió una y otra vez, al mismo tiempo que se definía y cambiaban aspectos de su contenido y su composición, según se iba desplegando la revolución socialista de liberación nacional iniciada el 1º de enero. El pueblo del 61 no es igual al pueblo del 59. La unidad de los revolucionarios se había iniciado en los meses finales de la guerra, alrededor del polo que estaba próximo a obtener la victoria. En el curso de 1960 fue definida como unidad entre el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular. Fidel había completado su liderazgo y era el máximo referente popular, el eje, el símbolo, el principal impulsor y el jefe de ambas instancias de la unidad. En medio de esta coyuntura, ganó mucha fuerza la idea de que era necesario tener un partido político de la Revolución que, además de expresar la unidad, tuviera una estructura muy definida y unas funciones importantes. Ese partido debía salir de las Organizaciones Revolucionarias Integradas, que la gente llamó “la ORI”. Pero ella no supo expresar la vocación y los logros de unidad entre los revolucionarios, porque se convirtió en el instrumento de un grupo sectario y ambicioso que pretendió, en pleno Caribe, expropiar la revolución popular y convertir al país en una “democracia popular” como las que dirigía la URSS en Europa. El desvío del rumbo revolucionario y los malestares, contradicciones y conflictos que ese hecho generó eran una realidad dentro de otra en el proceso que se vivía.

Las reuniones de intelectuales celebradas en esta Biblioteca Nacional estaban muy relacionadas con el objetivo de la Revolución de crear una asociación nacional de los intelectuales y artistas, pero estaban condicionadas por todo lo que he dicho. Por tanto, expresaban también esos condicionamientos y eran un teatro de ellos, aunque está claro que lo principal era la actividad misma a la que se dedicaban los participantes, y las cuestiones específicas que ellos estaban viviendo y dirimiendo. Todos los participantes actuaron de acuerdo con sus conciencias de lo que hacían y lo que

querían, sus motivaciones y sus intereses inmediatos, sus ideologías, sus ideales trascendentes y sus prejuicios y creencias del día. Eso es lo que sucede en todos los eventos que después se considerarán históricos. Si analizamos con cuidado todo el material de aquellos meses referido a este campo, por lo menos hasta el Congreso de fundación de la UNEAC, en agosto, podremos tratar de establecer el significado que tuvieron entonces los acontecimientos y las declaraciones. Casi siempre existe una historia de selecciones, olvidos y utilidades de cada evento histórico, que configura ella misma sus realidades, discernibles respecto al hecho original. Ellas tienen sus sentidos y sus funciones, pero no hay que confundirlas con lo que sucedió originalmente.

Los intelectuales y artistas estaban sometidos a tensiones extraordinarias en aquel verano del 61. Desde el triunfo unos habían participado, y otros apoyado o aplaudido, a una revolución vertiginosa, hecha de cambios profundos, desafíos a Goliat, alegrías de pueblo y justicia evidente. Pero además de su inmensa rectoría moral, sus hechos excepcionales y su inagotable capacidad movilizadora, ahora la Revolución parecía haber comenzado a encargarse de todo. Prácticamente todos los medios para comunicarse estaban sus manos, la mayor parte del trabajo intelectual y artístico debería transcurrir dentro de sus instituciones o de su orden, y este ámbito en su conjunto recibiría sus orientaciones. Y todo sucedía mientras la extrema agudización de la lucha de clases llevaba a muchas personas a decisiones que afectaban totalmente a sus vidas, convertía en hostilidad los desacuerdos y a los juicios en definiciones de amigos o enemigos.

Por si fuera poco, el socialismo según los usufructuarios de las ORI incluye un control político del contenido de las artes y unas valoraciones sobre ellas que gozaban de una muy bien ganada mala fama. En la URSS se habían cometido represiones criminales contra artistas e intelectuales, y en aquel momento sus adeptos tenían todavía por artículos de fe dogmas como el del llamado realismo socialista. La Revolución contaba con varias instituciones culturales propias que ya adquirían obra y prestigio, pero no con una elaboración ideológica en ese campo que pudiera funcionar como norma. No existía unidad entre sus personalidades, ni la dirección del país les encargaba –al conjunto o a algunos de ellos– la conducción del sector.. El sectarismo y el dogmatismo trataron entonces de imponerse, en nombre de la unidad y de lo que supuestamente era el legítimo socialismo.

Muchos intelectuales sentían zozobra ante aspectos de la situación y de lo que podía depararles el futuro cercano. Tenían razones para sentirla, porque en el campo cultural hubo funcionarios autoritarios, maniobras sectarias y dogmáticas, abusos e injusticias: esos hechos formaron parte del problema. Me imagino que cuando Virgilio Piñera dijo que él debía hablar primero, por ser el que más miedo tenía, Fidel quizás debe haberse sonreído para sí y pensado: “y yo soy el que más dolores de cabeza tengo”. Piñera expresaba el lícito temor de un intelectual acostumbrado a trabajar solo y defender su dignidad en un mundo hostil, pero me niego a creer que era un intelectual que vivía sobre una nube, ciudadano únicamente de la república de las letras. Invito a releer su carta a Jorge Mañach de 1942, en la que el joven Virgilio le expone lo que piensa sobre los deberes sociales del intelectual, la cultura cubana en aquel tiempo posrevolucionario y el sentido cívico que tiene su revista Poeta. Le enrostra a Mañach el significado de su actuación pública --“no hay cosa más difícil para una nueva generación que toparse con que la precedente ha capitulado”, le dice-- y le devuelve el dinero que ha pretendido aportar al novel editor. O podemos volver a ver cómo presenta Piñera a la sociedad burguesa neocolonial en su pieza Aire frío, un hito trascendente en el teatro cubano del siglo XX.

Los intelectuales reunidos en la Biblioteca Nacional no constituían un areópago de tontos cultísimos a los cuales Fidel ofreció, en dos frases rotundas y brillantes, la orientación de la política cultural, desde la no historia, de una vez y para

siempre, que es lo mismo que decir de una vez y para nunca. Fidel ha sido extraordinariamente grande, entre otras causas, porque sus interlocutores no eran tontos, y porque él supo cabalgar sobre sus circunstancias históricas, obligarlas a andar en una dirección determinada y darle trascendencia a lo que pudo haber quedado en unos nobles intentos y un conjunto de anécdotas para ser contadas. Opino que el sentido de sus palabras en la Biblioteca era mantener abierto el diálogo revolucionario con los intelectuales y artistas, defender abiertamente la libertad de creación, respaldar a todo el que echara su suerte con la Revolución y evitar que el sectarismo-dogmatismo consumara un desastre en ese campo. Al mismo tiempo, se proponía sostener la primacía de la Revolución frente a cualquier problema específico, y por tanto su derecho a controlar la actividad intelectual y la libertad de expresión en todo lo que resultara necesario, reclamar a los intelectuales tener fe o confianza en la revolución, respaldar al Consejo Nacional de Cultura sin dejar a su pleno arbitrio el campo cultural y fortalecer la política de institucionalización estatal y de organizaciones sociales, que llevaba hacia la constitución de una Unión de Escritores y Artistas.

Fidel habla aquí como el máximo dirigente revolucionario, y logra mantener una relación íntima entre los principios, la estrategia y la táctica, en medio de una situación política e ideológica muy compleja. Su largo discurso es siempre en tono persuasivo, maneja argumentos y trata de influir y convencer. No ordena ni comunica decretos, no condena al documental PM y es muy cuidadoso en cuanto a no pretender que unos u otros tengan la razón, reconoce que se han expresado pasiones, grupos, corrientes, querellas, ataques, incluso víctimas de injusticias. No utiliza nunca expresiones como las de “problemas ideológicos” o “servir consciente o inconscientemente al enemigo”, que han sido tan funestas para la cultura en la revolución. Al contrario, su discurso contiene gran cantidad de giros como estos: “la Revolución no puede ser, por esencia, enemiga de las libertades”; “la Revolución no le debe dar armas a unos contra otros”: “cabemos todos: tanto los barbudos como los lampiños...”; “tenemos que seguir discutiendo estos problemas (...) en asambleas amplias, todas las cuestiones”. Lo que reivindica es el derecho del Gobierno Revolucionario a fiscalizar lo que se divulga por el cine y la televisión en medio de una lucha revolucionaria, por la influencia que puede tener en el pueblo. Pero también matiza esa exigencia: “lo puede hacer equivocadamente –dice--, no pretendemos que el Gobierno sea infalible”. Y sabe inscribir las discusiones de la Biblioteca en el marco de los hechos portentosos que está viviendo el país en el campo cultural.

Todos recordamos las frases famosas: “...dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada (...) ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la revolución: todo; contra la revolución, ningún derecho.” Las frases que son repetidas hasta el cansancio y sin atender a su significado, como si fueran rezos, pierden su valor, cualquiera sea su autor. Si recuperamos las que pronunció Fidel aquí hace cincuenta años, contienen, a mi juicio, la defensa de la posición revolucionaria cubana, de un poder muy reciente e inexperto en medio de una lucha tremenda, frente a la política elitista y la pretendida “pureza ideológica” predominante en las ORI. La idea del intelectual honesto, valioso en sí mismo, que no milita en la revolución, le permite a Fidel hacer planteamientos fundamentales respecto a los problemas reales que confronta la transición socialista. “La Revolución debe tener la aspiración de que no sólo marchen junto a ella todos los revolucionarios (...) la Revolución debe aspirar a que todo el que tenga dudas se convierta en revolucionario (...) la Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo.”

Yo veo la trascendencia de Palabras a los intelectuales en el conjunto de la intervención de Fidel y en los objetivos que tuvo, más que en la frase famosa. A mi juicio, esa frase atendía a lo esencial de aquella coyuntura, y no al propósito

imposible de enunciar un principio general permanente de política cultural. Opino que resultó trascendente porque supo relacionar muy bien las actividades intelectuales y artísticas con la gran revolución que estaba sucediendo en Cuba, y porque estableció una forma honesta y clara –revolucionaria– de relación entre el poder y los intelectuales, que ha sido transgredida innumerables veces, pero sigue ahí, enhiesta, con su prestigio y su alcance, como una meta a conquistar.

Aquellos que al inicio de los años sesenta éramos apenas unos jóvenes revolucionarios estudiosos, utilizamos con entusiasmo a nuestro favor la frase famosa de Palabras... En nuestra interpretación, “dentro de la revolución todo”, quería decir: “todos los que somos revolucionarios activos tenemos derecho a pensar, a expresar libremente nuestros criterios y a leer lo que nos dé la gana”.

En la etapa reciente se ha venido multiplicando la información pública acerca del proceso de la cultura en los primeros años del poder revolucionario, a través de documentos personales, testimonios, reediciones de trabajos polémicos de entonces y algunos textos de análisis. Ese hecho tan positivo nos puede ayudar mucho a la imprescindible tarea de recuperar la memoria, y sobre todo a que los jóvenes se apoderen del proceso histórico de la cultura en este medio siglo y de la totalidad del proceso histórico de la Revolución. Es imprescindible, y es vital para saber bien quiénes somos, de dónde venimos, a qué herencia no debemos renunciar, qué enemigos y qué combates han tenido y tienen una y otra vez ante sí los que pretendan ejercer sus cualidades y realizarse como individuos en el mismo proceso en que crean un medio social que fomente el crecimiento y el desarrollo de la libertad y la justicia social, una sociedad que conquiste liberaciones, en la que sea factible gozar y repartir entre todos los bienes, la belleza y la imaginación. Para poner en marcha esa aventura maravillosa, Palabras a los intelectuales puede ser convocada también, y constituir un instrumento sumamente valioso.

Publicado en el sitio web Cubarte

[Ir Arriba](#)

En el aniversario 50 de Palabras a los intelectuales. Perseverar por toda la justicia: cultura en revolución.

Jaime Gómez Triana

*A Roberto Fernández Retamar y Alfredo Guevara
nuevamente, por sus "Recuerdo a" y "Revolución es lucidez*

Debo confesar que resulta sumamente extraño para mí estar hoy en esta mesa, diríase que es un honor y lo es, aunque no estoy seguro de que pueda satisfacer las expectativas de Luis Morlote, presidente nacional de la Asociación Hermanos Saíz, quien me solicitó estas palabras, y mucho menos las del auditorio aquí reunido. Por eso quiero ante todo pedir perdón si necesariamente repito asuntos consabidos o tratados por otros compañeros y decir, además, y aunque resulte obvio, que hablo desde mí y por mí y que en ningún caso

pretendo erigirme en vocero de las más jóvenes generaciones de escritores y artistas cubanos aunque en algún modo las represente esta mañana.

Hace 50 años yo aún no había nacido. Mis padres ni siquiera se conocían entonces. En 1961 estaban ambos ocupados con las faenas de la alfabetización. Mi padre en La Habana, a donde había llegado varios años antes en busca de prosperidad y mi madre en un perdido caserío, ubicado entre Vueltas y La Quinta, en Las Villas, donde vivió desde su nacimiento y donde enseñó a leer y a escribir a su propio hermano analfabeto. Bien lejos estaban los dos de los debates que se suscitaban al interior del campo cultural cubano de la época. Comprometidos con sus disímiles tareas apenas tenían tiempo para descansar, aunque, como es lógico, se mantenían al tanto de las noticias y sobre todo de los trascendentales discursos que, en caliente, iban perfilando un proyecto social que, sometido a constantes y tremendas presiones externas —recordemos la invasión de Girón en abril de ese año—, aspiraba a toda la justicia. Nada supieron mis padres, sin embargo, de las reuniones de la Biblioteca Nacional, quizá no le prestaron mayor importancia, era aquel un tema más entre los miles que se debatían a diario en un momento en el que, como ha dicho Ambrosio Fornet, “no se trataba de poner al mundo de cabeza sino de enderezar un mundo que estaba al revés”.¹

Empiezo de este modo para recordar rápidamente el contexto de grandes transformaciones y, por tanto, de profundas confrontaciones ideológicas, que sirve de marco a aquellos tres días de junio del 61 en los que quedaron establecidos los principios de la política cultural de la Revolución Cubana.

Obviamente un encuentro de tal magnitud, sin precedentes en la historia de Cuba, no hubiera sido posible sin la Revolución misma y si la Revolución no se hubiera propuesto desde el inicio ser también una transformadora “Revolución cultural” de alcances inéditos en el devenir, no solo de la nación, sino de la América Latina toda; testimonio de lo cual fue sin duda la trascendental Campaña de Alfabetización de la que participó todo el pueblo —también mis padres— y la creación, a pocos meses del triunfo de Enero del 59, del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y de la Casa de las Américas.

Por supuesto, lo más recordado de aquel encuentro son las palabras de Fidel. Su discurso fue el cierre de las tres jornadas y en él dio respuesta a las principales preocupaciones que se habían expresado en aquellas sesiones. Lamentablemente no se han publicado el resto de las intervenciones, solo se conoce la de Alfredo Guevara, que apareció en la compilación de sus textos, publicada por Ediciones ICAIC bajo el título *Revolución es lucidez*. Años más tarde y a propósito de conmemoraciones como esta: Graziella Pogolotti, Roberto Fernández Retamar y Armando Hart —participantes ellos mismos de aquellas jornadas— han recordado el encuentro e insistido en caracterizar el contexto y en explicar en detalle el suceso desencadenante: la prohibición en los cines del documental *PM*, peripecia sobre la cual el propio Guevara ha aportado suficientes argumentos que muestran ese hecho desde un punto de vista más general y como parte de la confrontación ideológica de la época. Más allá de los temas puntuales abordados, que las palabras de Fidel resumen y desarrollan con total transparencia, el encuentro entre la vanguardia intelectual cubana y la

vanguardia política marcaría un hito en la historia de la Revolución a solo unos meses de la proclamación de su carácter socialista.

De más está decir que he leído el texto decenas de veces e incluso he escuchado su grabación², pieza invaluable que nos permite no solo calibrar el sentido exacto de las palabras a partir del tono y los énfasis del orador, sino también escuchar los aplausos, el momento en el que estos se producen, su intensidad, la huella de cada frase en el auditorio, extraordinariamente diverso, que fue protagonista de aquel intercambio. Confieso que cuando escuché por vez primera la intervención de Fidel, seducido ante la novedad de documento que ponía vida, emoción y acción concreta —la de la palabra centellante que reflexiona y exhorta— sobre la letra impresa, me sorprendió su capacidad de diálogo, su sentido del riesgo, su originalidad y sobre todo su extraordinario liderazgo que, más allá de su peculiarísimo carisma, ha sido y es, en su caso, habilidad para poner a participar a todos, para procurar y sostener la unidad. De ahí que uno de los aspectos que considero más trascendentales en relación con “Palabras a los intelectuales” sea justamente el hecho de que la intervención de Fidel resulta de lo que Graziella Pogolotti ha denominado un “diálogo profundo, intenso, rico que se sustentó en la tradición de nuestra historia y de nuestra cultura”³. Nacía así de la discusión y el intercambio, una propuesta de participación en la vida del país y en las tareas de la Revolución que conllevó a la realización del Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba. Como se sabe en ese Congreso se creó la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC), que en unos días cumplirá también 50 años, como garante para el ejercicio de esa participación que es hoy el centro mismo de lo que denominamos la Política Cultural de la Revolución Cubana.

La necesidad de “desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que el arte y la cultura lleguen a ser un real patrimonio del pueblo”, de alcanzar “una vida mejor también en los órdenes espirituales” es tema central en la intervención de Fidel quien, ajeno a todo dogmatismo, plantea con total claridad: “tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo, a su vez, eleve su nivel cultural, a fin de acercarse también a los creadores”⁴. Ese principio, de profunda raíz martiana, resumía quizá de mejor manera el sentido último de aquellas palabras y al tiempo trazaba las principales líneas de acción para nuestras instituciones culturales, líneas que considero totalmente vigentes aún hoy.

La Revolución, suma de libertades, debía ser también suma de oportunidades en todos los órdenes. Como se ha recordado muchas veces, unos meses antes de los encuentros en la Biblioteca Nacional, el propio Fidel había pronunciado aquella frase tremenda: “No le decimos al pueblo cree, le decimos lee”. Ahora sentaba las bases de una profunda democratización de la cultura que necesariamente debía pasar por la ampliación de las posibilidades del pueblo para percibir la obra de arte, para vivenciar la espiritualidad.

Despojada habitualmente de su contexto, adulterada incluso, esta frase necesita ser comprendida a la luz de otros dos momentos de la intervención que, como se ha dicho en más de una ocasión fue improvisada y como tal constituye un ejercicio de pensamiento y diálogo. El primer momento es aquel en el que se dice que “la Revolución solo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean

incoregiblemente contrarrevolucionarios”⁸; el segundo, en el que se insiste: “No le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar”⁸. Sin duda, hay en la articulación de estos puntos la declaración de una extraordinaria amplitud en el pensamiento, la evidencia de una mirada antidogmática, distante de todo esquematismo. Una amplitud que incorpora, abre espacios, procura relaciones, despliega la posibilidad del debate desde la Revolución. Una amplitud que debemos preservar a toda costa en tanto representa hacia el futuro la única posibilidad de seguir defendiendo esa gran suma de libertades que ofreció al pueblo la Revolución.

Hoy, cuando los cauces de la creación artística se dilatan y ensanchan, cuando un emergente núcleo de creadores de las más diversas manifestaciones se expresan con absoluta independencia, cuando, a partir de las tecnologías de la información y las comunicaciones, se ha democratizado el acceso a las obras de arte, que ahora se distribuyen abiertamente a partir de circuitos alternativos, constituye un gran desafío trabajar por establecer jerarquías, por defender la calidad, por propiciar ese vínculo permanente entre un público cada vez más amplio y las más importantes creaciones cubanas e internacionales de todas las épocas. Al mismo tiempo hay que trabajar por incorporar los valores emergentes que, fruto de la experimentación y de la investigación y con la marca profunda de una sensibilidad actual, producen las nuevas generaciones de escritores y artistas.

A 50 años de pronunciadas, aquellas palabras de Fidel —como se sabe lamentablemente no exentas de interpretaciones e instrumentaciones erróneas, de distorsiones tremendas— siguen siendo una brújula que nos permite mirar el devenir dialécticamente y pensar arte y cultura desde la responsabilidad ética y desde el compromiso. Responsabilidad y compromiso sustentados, lo digo siempre, en la posibilidad inmensa de participación que la Revolución abrió para los escritores y artistas, participación que no solo implica poder decir en el lugar y momento adecuados lo que se piensa, sino además el lograr desarrollar la propia obra y que esta encuentre un cauce para su diálogo con el público. Como es lógico no me puedo desprender aquí de la organización de la que formo parte. Surgida hace ya casi 25 años de la confluencia de la Brigada Hermanos Saíz —brazo juvenil de la UNEAC—, de la Brigada Raúl Gómez García y del Movimiento de la Nueva Trova, la Asociación Hermanos Saíz (AHS) ha tenido la misión de ser una interface entre la creación más joven y las instituciones culturales. En un cuarto de siglo muchas han sido las conquistas, las que como es lógico, tratándose de una organización que es necesario abandonar para que siga siendo lo que es, incluso se han naturalizado para dar paso a renovadas aspiraciones y nuevos desafíos.

Quienes me conocen saben que al referirme a las posibilidades que brinda a un creador formar parte de la Asociación Hermanos Saíz siempre distingo dos que me parecen las más importantes. La primera, el poder conocer y frecuentar a los creadores de las más diversas manifestaciones de tu misma generación. De ese intercambio cotidiano nace una permanente interrogación en torno al arte, a la cultura y a lo social en su conjunto que, soy sincero, no he encontrado en otro contexto. La segunda posibilidad es que esa permanente interrogación en Cuba encuentra un cauce, encuentra interlocutores dispuestos a hacer de las preguntas de los más jóvenes también sus preguntas, que participan junto con nosotros en la búsqueda de las respuestas. En

2001, en ocasión del Primer Congreso de la AHS, uno de esos interlocutores —privilegio— fue el propio Fidel. Gran intelectual él mismo, Fidel no ha detenido jamás su diálogo con otros intelectuales cubanos y del mundo, tampoco ha dejado de escuchar a los más jóvenes, a los pintores, a los trovadores, con los que ha compartido la idea de que un mundo mejor es posible.

Y no era distinta la razón fundamental que articulaba “Palabras a los intelectuales”, una Cuba mejor era posible y para ello la vanguardia revolucionaria debía incorporar a todos. No es, por supuesto, casual que este año, en el que hemos conmemorado el aniversario 50 de la Victoria de Girón y de la Declaración del Carácter Socialista de la Revolución Cubana, haya sido también el año del sexto Congreso del Partido, culminación de un proceso de participación popular sin precedentes en el que se ha puesto a debate el futuro de Cuba. Las conclusiones de ese proceso, que aún no termina y que tendrá continuación en la Conferencia de enero próximo, insisten en perseverar por toda la justicia, por supuesto que tarea tan colosal no es “un paseo de Riviera”. Nada lo ha sido para la Cuba asediada y bloqueada desde 1959. Y por ello, y ante las obras pendientes y nuevas, el arte y la cultura han de seguir ocupando un lugar fundamental. Hoy, cuando Raúl habla de explotar la diversidad de ideas y puntos de vista, de quebrar falsas unanimidades, de resguardar la unidad, habría que decir que esa ha sido justamente una de las principales tareas del arte y la cultura en la Revolución. Quizá a ello se refería Fidel cuando decía en los 90, en medio de la crisis más cruenta, “la cultura es lo primero que hay que salvar”, “la cultura es espada y escudo de la nación”.

A 50 años de “Palabras a los intelectuales”, ¿qué corresponde a las nuevas generaciones de creadores? No creo que nuestra tarea sea distinta de la de todo el pueblo, debemos perseverar por toda la justicia, nos toca, además, preservar una cultura en revolución.

Muchas gracias.

La Habana, 30 de junio de 2011.

Palabras leídas en el acto por los 50 años de “Palabras a los intelectuales”, realizado en la Biblioteca Nacional el 30 de junio de 2011.

Notas:

1- Fornet, Ambrosio: “La década prodigiosa”, en *Narrar la nación*, Letras Cubanas, La Habana, 2009.

2- *Palabras de Fidel Castro a nuestros intelectuales*, Biblioteca Nacional, junio de 1961, CD de Audio, Centro del Desarrollo del Documental Hurón Azul de la UNEAC, 2007.

3- Pogolotti, Graziella: Intervención realizada en el acto por el aniversario 30 de "Palabras a los intelectuales", en "Palabras a los intelectuales", Editora Abril, La Habana, 2004.

4- Castro, Fidel: “Palabras a los intelectuales”, Editora Abril, La Habana, 2004.

5- Alonso, Aurelio: “Las ‘Palabras a los intelectuales’ a la vuelta de medio siglo”, Versión in extenso del artículo del mismo título publicado en *El Tintero*, boletín cultural del diario *Juventud Rebelde*, el 19 de junio de 2011, con motivo del cincuentenario de las “Palabras a los intelectuales”, de Fidel Castro. Inédito.

6- *Ibídem*.

7- Castro, Fidel: “Palabras a los intelectuales”, Editora Abril, La Habana, 2004.

8- *Ibídem*.

[Ir Arriba](#)

Gracias, Fidel

Omar Valiño

A mis hijos José Julián y Nicolás

Mi generación no estuvo sentada aquí. Ni siquiera todos los que la integramos, habíamos nacido entonces, pero tuvimos el privilegio de disfrutar, desde niños y adolescentes, la rectificación y enriquecimiento profundos de una política cultural, no nacida, pero sí trazada en este salón hace 50 años.

Reducida a una célebre frase, *Palabras a los Intelectuales* —el discurso conclusivo de Fidel Castro a sus tres encuentros de junio de 1961 cuyo aniversario cerrado conmemoramos hoy—, es leído media centuria después como un instrumento aleccionador de la política cultural de la Revolución; documento cuya riqueza rebasa con mucho los discutidos límites enunciados por la frase. Y de cuyo caudal pueden extraerse enseñanzas hasta el presente.

Fidel demostró las reales coordenadas para un diálogo: sensibilidad, amplitud, justicia, crítica, verdad, sentido político, principios firmes y transparencia. Hoy, en cada lugar donde surja un diferendo de cualquier índole, debe primar ese diálogo del convencimiento, la preparación, el desprejuicio y no la fuerza. Desalienar todas las relaciones es su mejor continuidad, con base en la libertad, la democracia, la horizontalidad, la participación.

Fidel propone la Revolución como un proceso, en última instancia, de construcción cultural que permitiría, por un lado, mejorar las condiciones de vida y de trabajo de escritores y artistas, y por otro, ensanchar los

escuálidos segmentos poblacionales que disfrutaban del arte y la literatura. Hoy podemos reconocer con facilidad que tanto la producción cuantitativa y cualitativa de la cultura cubana actual es el resultado de una acumulación histórica potenciada por la Revolución, al tiempo que se desarrolla su creciente demanda por la sociedad como un derecho conquistado.

El prestigio de la creación artística en el seno de la nación alcanza cotas altísimas. El movimiento cultural es centro de la vida social y política.

Y esto es así porque el destino del socialismo depende de la cultura. De un humano *diferente* al de la nueva alienación capitalista —cuyo sello, precisamente, se produce no solo, ni tanto, a través de las relaciones de producción, sino de la hegemonía de una avasalladora superestructura pseudocultural—; un ser pensante cuyo discernimiento íntegro, incluso, la condición estética para la más honda y compleja explicación del mundo. Debemos hacer indivisibles ética y estética. Solo podremos ganar en ese terreno como parte de una calidad de vida que sea “calidad de emociones”.

Para conseguirlo el arte juega un papel fundamental. No podemos ver economía y cultura sino como complementarios en función de una economía más productiva y organizada, pero hecha, a su vez, por mujeres y hombres de decoro y de conocimiento. En definitiva, somos más hijos de una fuerte hegemonía social y de una educación familiar que de una economía sólida que, sin embargo, sí tuvo el valor —inmenso para mí— de existir en función de políticas al servicio de esa hegemonía social y de ser creadora de valores.

El arte puede no producir “nada” porque despliega algo —como el arte mismo—, inmensurable, y que no se produce en finca, tienda o fábrica alguna de este podrido planeta: produce y realiza felicidad. Lo hace aun cuando no vislumbre la alegría o la ternura.

Constatar a lo largo de la Isla la necesidad que el ser humano tiene del arte, es un lujo, un privilegio nuestro, no una desgracia de la que haya que ocuparse como un mal, sino una gran conquista cubana a la que no podemos renunciar. Porque esto dice mucho de nuestro desarrollo humano. Es parte de una complejidad y de una plenitud a la que hemos arribado, justamente, por ese ininterrumpido proceso cultural revolucionario y cuyo más delgado filamento puede solo tocarse en el alma con el arte.

Nada debe enfrentarnos a falsas dicotomías. Ninguna veleidad tecnocrática o economicista que nos haga perder la brújula. Porque la brújula tiene que ser siempre esa plenitud del ser humano, el culto sagrado a la dignidad plena del hombre.

Sobre la cultura debe regir, como de hecho se manifiesta en varias direcciones, una excepción desde el punto de vista económico. Sin dejar de renunciar a los dividendos probables en el plano práctico (con muchos nichos por explorar todavía), la cultura es, y debe ser, una esfera protegida por el Estado. Solo ello garantiza el nivel

cualitativo de la tradición y de su renovación hacia nuevas identidades.

Construir un país mejor sobre columnas más racionales es impostergable, pero sin renunciar nunca a sueños e “imposibles” que están en los cimientos de nuestra nación, de nuestro socialismo y del pensamiento martiano y fidelista. Por asaltar “imposibles” llegamos hasta aquí y somos lo que hoy somos.

En su certero afán de unidad, Fidel prefigura la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en el tramo final de *Palabras a los Intelectuales*. En nombre de la UNEAC, muy próxima a cumplir también 50 años, queremos agradecerte, Fidel, por hacernos saber lo que vale la patria y la patria, por desafiar al mundo siendo pequeños, por hacer primar el espíritu colectivo sobre el individual sin renunciar a ser nosotros mismos, por ser orgullosos aunque jamás aldeanos vanidosos, por colocar esta pequeña gran Isla en el globo terráqueo.

Tu obra la medirá el tiempo, la historia —como una temprana vez quisiste—, porque en todo lo que se haga bien, en todo sueño cumplido estará la dimensión de la utopía que nos fijaste en el cuerpo.

Ante el mural de tu vida, ya próxima a los 85 años, y sobre la plataforma escrita en este mismo espacio hace medio siglo, los escritores y artistas revolucionarios, te decimos, como una vez tú le dijiste a Santiago:
Gracias, Fidel.

Texto leído en el acto de celebración por los 50 años de Palabras a los Intelectuales, el 30 de junio de 2011, en la Biblioteca Nacional José Martí

[Ir arriba](#)

Las “Palabras a los intelectuales” a la vuelta de medio siglo

Aurelio Alonso

En 1961 se hacía crítico el complejo de contradicciones que generó la radicalidad del proceso de transformación revolucionaria iniciado dos años antes en la sociedad cubana. No habían transcurrido más que unos meses desde las últimas reformas que completaron la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía cubana, la contrarrevolución se lanzó a las armas, con el apoyo expreso de la Casa Blanca, en la invasión por [Playa Girón](#), en planes de atentados y sabotajes, y en alzamientos locales. Una detención preventiva dentro de la oposición desmovilizó la base potencial de respaldo con que contaban los invasores si no se lograba la derrota inmediata.

El pueblo cubano, enrolado en la empresa de barrer el analfabetismo, tenía que asumir también las armas para defender el proyecto revolucionario. [Fidel Castro](#) anunció, el 1ro. de mayo, la nacionalización de la enseñanza, lo cual dio lugar al éxodo de sacerdotes y religiosos vinculados a las escuelas católicas. En resumen, y para no entrar en más detalles, llegaba al clímax el dilema entre revolución y contrarrevolución.

No cabe pensar en los escritores y artistas como los únicos intelectuales atenazados por las preguntas que la coyuntura levantaba. Creo que para el periodismo, las disciplinas del pensamiento social y otros sectores del mundo profesional, la necesidad de definición era la misma, o muy parecida.

No fue que se prohibiese la exhibición de un filme documental de un realizador cubano, sino la urgencia de saber si la política cultural de la Revolución naciente iba a estar regida por la censura; de saber si serían impuestos patrones ideológicamente rígidos al arte y a la literatura, y con ellos, de manera más general, si el camino sería el de embridar y poner orejeras al pensamiento y a la creación. El propio Fidel lo resumía así en su intervención: “El problema que aquí se ha estado discutiendo y vamos a abordar, es el problema de la libertad de los escritores y de los artistas para expresarse [...] El punto más polémico de esta discusión es si debe haber o no una absoluta libertad de contenido en la expresión artística”.

La urgencia de respuesta era, en sí misma, una urgencia revolucionaria. No puedo verlo sino como un dilema inevitable de la Revolución. La intelectualidad que vivía la sacudida cubana tenía que dirimirlo. Se trataba de las preguntas que no podían dejar de formularse los coetáneos de los nuevos conductores políticos, ni los de otras generaciones que les precedían. Los que, en sentido inverso, les seguíamos, los más jóvenes, no éramos todavía más que “aprendices de brujos”, incapaces de imaginar cuánto significarían para nosotros, y para los que iban a nacer después, aquel debate y aquella definición.

Hablo de urgencia porque hasta aquel momento no se había dado aún reunión o discusión nacional alguna dentro de la intelectualidad a la cual tocó participar del cambio, que lo estaba viviendo, de un modo o de otro, recibiendo satisfacciones o padeciendo angustias. El cambio nos involucraba a todos: el pueblo lo protagonizaba. Y dentro del pueblo, los creadores, la universidad, el mundo entero de la cultura, se debatía ante el reto de conectar, defender y legitimar su propio protagonismo dentro de un torbellino en el cual podía hacerse difícil encontrar articulación.

No fue aquel un encuentro planificado, ni con programa o agenda previa, ni acotado por filiaciones ideológicas. No recuerdo otra ocasión en que la espontaneidad haya funcionado con tanta eficacia. No se resolvió en un horario fijado o dentro de una jornada: se mantuvo mientras quedaban cosas por decir, preguntas por hacer, respuestas por recibir. Sesionó en la Biblioteca Nacional los días 16, 23 y 30 de junio. Solo un mes y medio después se celebraba el congreso fundacional de la [Unión de Escritores y Artistas de Cuba](#), y aquel encuentro que lo precedió le dejaba como legado coordenadas de reflexión.

El discurso de Fidel Castro que ha quedado para la historia con ese título: “*Palabras a los intelectuales*“, tampoco era un texto elaborado sino un verdadero ejercicio de pensamiento: una respuesta revolucionaria de

altura ante la problemática que tres sesiones de discusión de inquietudes habían puesto ante la mirada de todos. Fue en aquella intervención que quedó plasmada, en una expresión sencilla, inequívoca, una postura que devendría paradigmática. Cimentada en un principio -tal vez sin precedente en la tradición socialista- que previniera, al mismo tiempo, los riesgos de dos dogmas extremos: de un lado, el de aplastar las libertades y, del otro, el de tolerarlas en detrimento, incluso, del proyecto revolucionario.

Recordemos la sentencia que marca la perpetuación de aquel discurso: “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”. Cito la versión en que precisa, como “ningún derecho”, lo que expresó en líneas anteriores como “nada”. Me cuido así de la antinomia, que a menudo ha prevalecido: erróneamente citado como “dentro” y “fuera”, o como “con” y “contra”. En las líneas que preceden a esta frase tan recordada, leemos: “que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser”. Fidel no excluye de derechos a intelectuales y, en general, a personas honestas que no se sientan revolucionarias, en tanto subraya, a la vez, que a la Revolución, que representa el interés nacional, le corresponde el derecho de existir, y “nadie puede alegar con razón un derecho contra ella”.

Recuerdo que esta afirmación provocó una verdadera explosión de interpretaciones, entre el entusiasmo y la perplejidad, en Cuba y en el mundo. Había logrado articular el compromiso revolucionario con un escenario de libertad creativa en una fórmula inédita en los esquemas del socialismo certificado hasta entonces.

Pero la práctica política se dirime en un tablero con muchas fichas en acción. Consumado el debate de 1961 y registrada en la memoria la fórmula de Fidel, hemos podido ver (y sufrir), en la posterioridad, cómo la interpretación burocrática acerca del alcance de las libertades era condicionada por otros giros de la historia. Y sabemos que en la década siguiente a aquel instante, traumático e iluminador a la vez, “dentro” y “contra” fueron manejados muchas veces en referencias arbitrarias.

Algunas de las obras cubanas más significativas de aquellos años fueron proscritas y tuvo que correr agua bajo los puentes para que llegaran a manos de los lectores más jóvenes. La creación llegó a experimentar episodios sombríos que no necesitamos inventariar aquí. La ingeniería de lo que Ambrosio Fornet bautizó como “quinquenio gris” no se implementó contra las “Palabras a los intelectuales”, sino, paradójicamente, a partir de una interpretación distorsionada de estas. En 1996, recordaba Armando Hart que su actuación fundacional en el Ministerio de Cultura, 20 años atrás, se orientaba a “aplicar los principios enunciados por Fidel en ‘Palabras a los intelectuales’ y para desterrar radicalmente las debilidades y los errores que habían surgido en la instrumentación de esa política”.

La experiencia del marxismo soviético está cargada de ejemplos de esa suerte de hermenéutica distrófica del pensamiento revolucionario, concebida para justificar las arbitrariedades políticas consumadas. También para nosotros (los intelectuales cubanos, quiero decir) la crítica a una proyección soviética, durante algunos años,

podía volverse objeto de una severa descalificación ideológica; poco importaba que fuera justa o no. Pero lo más complicado es que el futuro del pensamiento no está exento -no lo estará nunca, ni aquí ni en ninguna latitud- de la recurrencia a estas deformaciones. Es la vertiente más escabrosa de la real batalla de ideas.

Para terminar, quiero añadir que me resisto a desestimar el reparo contenido en la frase: “contra la Revolución, nada”. Y es que observo una tendencia crítica liberal que objeta esta advertencia, que la tacha de represiva, o de excluyente o, al menos, de extemporánea.

En una Mesa Redonda Informativa dedicada a las “Palabras...” el 29 de enero de 2001, Roberto Fernández Retamar recordaba haber hallado una resonancia martiana en “Con todos y para el bien de todos”, el discurso de 1891, pronunciado por Martí en Tampa, en plena campaña revolucionaria. Acudo a esta cita porque ella precisamente, extraída de su contexto, se ha visto manipulada hoy para oponerla al tramo final de la frase de Fidel: “contra la revolución, nada”. Fernández Retamar apunta que el del Maestro “es un discurso englobador, pero cuando se lee con cuidado se ve cómo Martí también excluye de ese ‘todos’ a quienes podríamos llamar ‘recalcitrantes’, para utilizar el término de que se valió Fidel”.

No hay que pasar por alto que “el bien de todos” es de todos menos de quienes actúan por convertirlo en propio, en detrimento de otros. Advierte Martí, en el mismo discurso, sobre “la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírseos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural!”. No hay ingenuidad política posible en Martí como para creer que para él no sería igualmente válida la afirmación de que “contra la Revolución, ningún derecho”.

Finalmente, lo que quisiera destacar en estas breves apreciaciones es la vigencia, que se me antoja imperecedera, de aquella síntesis que Fidel lograra en 1961.

La Habana, 13 de junio de 2011

(Publicado en el sitio web La Ventana)

[Ir arriba](#)

Para nosotros, todo; para el enemigo, nada

Ambrosio Fornet

Fidel no preguntó si la película era abstracta o concreta; lo que dijo fue que todos pertenecemos a un solo movimiento que llamamos Revolución Cubana, un movimiento de transformaciones. Y la pregunta que nos hizo a los intelectuales y artistas, fue: ¿Cómo van a participar en este proceso? ¿Qué tienen ustedes que

aportar a este proceso? Dejó una respuesta para cada uno y, al mismo tiempo, una para la actividad práctica, para la función real; no atendiendo a las preferencias, sino al modo de insertar el debate cultural en función de un proceso de transformaciones. Ya estaba todo dicho.

Cuando él dice que dentro de la Revolución, todo, y contra la Revolución, nada, se nos hizo evidente que ese “todo” era para quienes estábamos del lado de aquel proceso de transformación. El hecho de haber planteado las cosas con tanta lucidez y tanta precisión evitó una cantidad enorme de equívocos e ideas torcidas que aún estaban influyendo en una parte de los intelectuales de la época.

Mientras la tarea siga estando inconclusa, pese a todo lo que se ha adelantado, sigue siendo un texto absolutamente vigente. La esencia del planteamiento es cómo se participa dentro de la cultura en el proceso de transformaciones de la sociedad. Si a través de una película o de un cuadro, a través de una novela realista o propia del absurdo; pero la pregunta es cómo contribuyen esas expresiones a las transformaciones que estamos buscando. Esas transformaciones implicaban la formación de un público: un proceso que empezó con la Campaña de Alfabetización y que no se ha cerrado ni se cerrará nunca, porque la creación de ese público es parte del proceso de transformación permanente. En ese proceso, insisto, es donde formamos parte nosotros los intelectuales cubanos revolucionarios, como lo serán también los del futuro.

A partir del momento en que tenemos claro el hecho de que se trata de una tarea colectiva, que se define en la práctica, ya empezamos a tener el campo despejado para cualquier debate futuro. Lo que ocurrió con el quinquenio gris fue que los dogmáticos tomaron el poder, culturalmente. Y los dogmáticos tienen la convicción —dogmáticos al fin— de que con la verdad se puede llegar a cualquier parte. Esa verdad, por supuesto, es la de cada uno de ellos, no la de todos. Y en el terreno de las ideas, del arte, de la literatura, no hay una única verdad. La única verdad está en el seno del fondo de la iglesia y se ha estado perdiendo en el proceso de los siglos, pues ya no es tan única, sino múltiple. El dogmático empieza a definir, por consiguiente, lo que es arte revolucionario y lo que no lo es: si es abstracto, no es realista; si no es realista, no es revolucionario... Puntos de vista que hoy parecen tonterías, cosas de niños, pero fueron muy costosas. Chocar con un dogmático es como chocar con un tren. Si ese dogmático tiene poder, sucede lo que sucedió en aquellos años 70.

Tengo la impresión de que ya, con la experiencia de medio siglo, es muy difícil que alguien se me plante delante a decirme que tiene la verdad porque tiene un carné del Partido o porque es ministro de Cultura. De ninguna manera, tu verdad se demuestra en la práctica, como la mía, y en la medida en que tu práctica no sea renovadora, estará equivocada. Hoy, no estamos en condiciones de aceptar orientaciones sin debate. Seguramente, esa es la posición que tomaría la intelectualidad cubana—incluso los muchachos que tienen 20 años— frente a un panorama similar; por consiguiente, no tengo la menor duda de que el quinquenio gris no se volverá a repetir en este país.

Si lo que venimos diciendo puede ser reinterpretado 50 años más tarde, de una manera positiva, dinámica, dialéctica, tengo la impresión de que les puede servir de mucho a los jóvenes. Una vez más, se trata de plantearse la actividad revolucionaria como una actividad. Esa palabra se ha ido desacreditando con el tiempo; pero la actividad implica una práctica constante.

Respecto a “Palabras...”, la medida en que se herede la idea de que se trata de participar en procesos de transformación y la medida en que se interprete el término “con la Revolución todo, contra la Revolución nada” —lo que implica que yo, como revolucionario, me quedo con el todo; lamento que otros tengan que quedarse con el nada—, es una dimensión que no comprende solo a los intelectuales, sino a la historia toda de este país.

Cuba es un país que siempre ha estado colocado en una posición muy dura, donde estar contra determinadas cosas significa estar a favor de otras. He dicho algunas veces que en las trincheras no se practica la democracia. En la medida en que la situación histórica nos coloque en una trinchera, nos quedamos con la idea de que para nosotros, todo, para el enemigo, nada. Ojalá ocurra un proceso de solución de las contradicciones —no creo que existan exclusivamente por nosotros— y que se dé el contexto de trabajar juntos, con ideas distintas aunque por un proyecto fundamental: ¿qué es Cuba, qué va a ser Cuba? La idea del protectorado quedó atrás y es absolutamente inaceptable ya en cualquier tiempo.

Estas declaraciones son parte de una entrevista concedida por Ambrosio Fonet al programa Hurón Azul, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

[Ir arriba](#)

Quince notas sencillas sobre palabras a los intelectuales

Luis Toledo Sande

Fidel Castro pronunció *Palabras a los intelectuales* en circunstancias que hablan del valor reconocido al tema por el dirigente de una Revolución que, llegada al poder poco más de dos años antes, braceaba en pos de la institucionalización necesaria. Sin embargo, la historia de ese discurso también corrobora que ni calidad ni jerarquía bastan para librar a un texto de lecturas descaminadas. Felizmente ha sido y seguirá siendo objeto de estudios serios, como se ha confirmado en la conmemoración de su cincuentenario. Los siguientes apuntes rozan algunos asuntos fundamentales que contiene o se relacionan con él.

1/ Los días 16, 23 y 30 de junio de 1961 el jefe de la Revolución Cubana se reunió con escritores y artistas en la Biblioteca Nacional José Martí para tratar temas de la cultura. Al final de aquellas jornadas pronunció el discurso *Palabras a los intelectuales*. Hechos e ideas rebasaban cualquier anécdota. Dos meses antes se había librado en [Girón](#) la batalla contra una invasión mercenaria, y mientras continuaban el éxodo de los desafectos y los sabotajes en las ciudades, crecían las bandas contrarrevolucionarias que operaban en el Escambray y otras zonas montañosas. Al despedir el duelo de las víctimas de los bombardeos con que aviones estadounidenses intentaron allanarles el camino a los invasores, el guía de la Revolución la proclamó socialista.

2/ Estaba en marcha la Campaña de Alfabetización y en fortalecimiento el que devendría emblemático Ballet Nacional de Cuba y la propia Biblioteca donde se celebraron aquellas jornadas. Se había terminado de construir el Teatro Nacional y —aparte de hallarse en gestación la Unión de Escritores y Artistas de Cuba— se habían creado, entre otras instituciones, el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, la Casa de las Américas, la Orquesta Sinfónica y la Imprenta Nacional. Esta última propició que el líder convocara al pueblo *no a creer, sino a leer*.

3/ Se avanzaba en la preparación de instructores de arte y en la creación de escuelas para formar artistas. Como parte del crecimiento educativo general del país, se fomentaban las manifestaciones culturales en beneficio del pueblo, que no solamente sería destinatario de aquellas en campos y ciudades, sino también aportaría creadores y protagonistas.

4/ El recio [bloqueo](#) sumado por los Estados Unidos a sus actos contra Cuba, agravó los problemas económicos que a ella le urgía resolver. Semejante contexto, vale reiterarlo, confirma la importancia que la dirección del país reconocía a la cultura para la vida de la nación.

5/ Como se ha dicho, no se ha publicado casi ninguna de las intervenciones de los escritores y artistas presentes en los encuentros de la Biblioteca, pero la trascendencia que estos tuvieron, y que se aprecia en el diálogo visiblemente resumido en el discurso culminante, muestra una verdad que se ratificaría en cada nuevo hecho: el respaldo activo de la mayoría de la intelectualidad cubana a la Revolución.

6/ En ocasiones se tiene la impresión de que *Palabras a los intelectuales* ha sido más citado que leído, y no siempre se ha citado bien. Se ha reiterado una de sus frases más aforísticas: “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”, que líneas después se ratificó con esta variante: “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”. Pero a veces se han introducido alteraciones que la han convertido en “Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada”. El falseamiento —*fuera* en lugar de *contra*— lastima el sentido de unidad sustentado en un discurso que convocó también —para defender a la patria y al pueblo— a quienes no fueran revolucionarios, pero sí honrados. A ellos destinó una comprensión particular, pues enfrentarían una contradicción que para “un artista o intelectual mercenario [...] no sería nunca un problema”. El líder sostuvo: “La Revolución no les puede dar armas a unos contra otros, la Revolución no les

debe dar armas a unos contra otros”. Esa orientación merecía imponerse cuanto más arreciara la lucha ideológica frente a las acciones desembozadas o encubiertas de un enemigo que, entre otras ganancias, buscaría cultivar resquemores y paranoias en el seno de nuestra sociedad.

7/ El discurso ratificó un deber, más que derecho, de la Revolución: defenderse, como obra transformadora que seguiría costando grandes esfuerzos y aun sacrificios de vidas, y a la cual la historia le daba y da lecciones. Hoy en el mundo se habla poco de la Comuna de París; pero junto con los elogios que solía recibir era común recriminarle que no se hubiese defendido eficazmente. ¿Por qué desaprobale a la Revolución Cubana su voluntad de no cometer una falta similar? La defensa de una Revolución —hecho convulso y complejo— puede también incluir errores; pero ninguno sería más grave que renunciar a defenderse, y los obstáculos a enfrentar no eran nuevos. [José Martí](#), en su discurso *Con todos, y para el bien de todos*, advirtió: “Se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, —y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina”.

8/ Quizás una indagación cuidadosa mostraría nexos entre la alteración lexical de *Palabras a los intelectuales* ya mencionada y errores en la aplicación de nuestra política cultural, agravados por el Congreso Nacional de Educación y Cultura, de 1971. En la estela de ese foro se dio lo que Ambrosio Fornet llamó “quinquenio gris”, que todavía debe seguir estudiándose, no con mero fin de erudición o cambio de nombre, sino para que no se repita lo que se hizo mal. Con el propósito de afinar la política cultural se tomaron medidas como fundar, en 1976, el Ministerio de Cultura. Se disolvió el Consejo Nacional, que existía desde antes de junio de 1961.

9/ Una obra humana, por grande que sea, es imperfecta. Pero lo más aleccionador tal vez no esté en identificar los actos individuales que condujeron a las costosas fallas, sino en determinar hasta qué punto ellos pudieron prosperar, o mantenerse, porque en determinado momento fueran considerados beneficiosos para la Revolución y su defensa. Pasado el tiempo, parece que —intenciones aparte— desde *dentro* algunos hechos estuvieron a punto de dañarla como si hubieran sido lanzados *contra* ella desde *fuera*.

10/ Los temores de algunos de los participantes en aquellos encuentros, celebrados dos meses después de proclamarse el carácter socialista de la Revolución —y de otras personas, intelectuales o de otras ocupaciones, que no estuvieron allí—, no surgían del aire. Hoy huelgan las explicaciones si tenemos en cuenta en qué pararon el campo socialista europeo y la propia Unión Soviética. Ya entonces el líder cubano se refirió a esos temores, glosando tal vez expresiones escuchadas en los encuentros de la Biblioteca: “¿Vamos a suponer que nosotros tenemos el temor de que se nos marchite nuestro espíritu creador, ‘estrujado por las manos despóticas de la revolución staliniana’?”

11/ La transcripción del discurso testimonia que la forma risueña como se percibe que el dirigente habló, suscitó risas. Y ojalá todo hubiera podido quedar en el terreno del ingenio y la broma. Aún no se había constituido el Partido Comunista de Cuba, y funcionaban las Organizaciones Revolucionarias Integradas

(ORI). Estas, a contrapelo de la mayoría de sus integrantes, fueron utilizadas por un grupo que —al decir de Fernando Martínez Heredia en uno de los acercamientos a *Palabras a los intelectuales* en su aniversario 50— “pretendió, en pleno Caribe, expropiar la revolución popular y convertir al país en una ‘democracia popular’ como las que dirigía la URSS en Europa”. Tampoco sería exacto suponer que semejante desviación la propiciaron solo personas que, desde antes de 1959, por opción ideológica tenían como *el* modelo a seguir el Estado cuya dirección pasó de Lenin a Stalin. Pero, por importantes que algunas personalidades sean, no reduzcamos la interpretación histórica a contingencias de individuos, ni olvidemos las huellas que pueda haber dejado entre nosotros lo que fue después de 1961 la necesaria vinculación de nuestro país con el campo socialista, y *especialmente con la URSS*. Tampoco es cuestión de suponer que en aquellos lares todo se hizo mal. Semejante juicio sería tan injusto como otro que se está haciendo sentir: identificar con el disparate, sin más, los años que hasta ahora hemos dedicado al afán de construir el socialismo.

12/ *Palabras a los intelectuales* contiene principios que estuvieron, han estado y merecen seguir estando en el núcleo de nuestra más acertada política cultural. A pesar de las condiciones harto difíciles en que nació, el texto —explícitamente dirigido a una generación “sin edades”— refrendaba incluso el derecho de los creadores artísticos y literarios de todos los credos religiosos, y aun políticos —hasta los de quienes no fuesen revolucionarios—, para vivir y producir en la Revolución, sin restricciones estéticas, mientras no intentasen servir al enemigo *contra* ella y destruir una obra de transformación hecha por y para la inmensa mayoría del pueblo. De ahí también que el discurso señalase como un deber fundamental de la Revolución el merecer que esa mayoría se identificara con ella. La aspiración sigue convocándonos hoy.

13/ *Palabras a los intelectuales* trazó un camino que libró a Cuba de quedar apresada en fórmulas autoritarias como las que tanto daño causaron en la Unión Soviética y en la generalidad del campo socialista europeo, y que acabaron haciendo frustrante y odioso el rótulo de *realismo socialista*. Fidel Castro sostuvo: “Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad, que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades, que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser”. En otro momento expresó: “Creo que cuando al hombre se le pretende truncar la capacidad de pensar y razonar lo convierten, de un ser humano, en un animal domesticado”.

14/ Institucionalización y defensa debían marchar juntas, y el dirigente sostuvo una brújula cuyo valor, lejos de menguar, aumenta: “Se ha planteado muy seriamente un propósito, y por respetables que sean los razonamientos personales de un enemigo de la Revolución, mucho más respetables son los derechos y las razones de una revolución”, y ello “tanto más, cuanto que una revolución es un proceso histórico, cuanto que una revolución no es ni puede ser obra del capricho o de la voluntad de ningún hombre, cuanto que una revolución solo puede ser obra de la necesidad y de la voluntad de un pueblo. Y frente a los derechos de todo un pueblo, los derechos de los enemigos de ese pueblo no cuentan”.

15/ Sobre la necesidad de planificar recursos y objetivos, el jefe de la Revolución preguntó: “¿Quién va a discutir que hay que planificar la economía?” Pero defendió ideales y propósitos que hablaban, hablan, de un proyecto justiciero medularmente contrario, por su esencia, al economicismo y al pragmatismo, que corroen el espíritu; de un proyecto enfocado a sembrar o garantizar el triunfo de una espiritualidad sin la cual la Revolución Cubana no merecería lo que su guía dice de ella: “Se convierte en el acontecimiento más importante de este siglo para la América Latina, en el acontecimiento más importante después de las guerras de independencia que tuvieron lugar en el siglo XIX: verdadera era nueva de redención del hombre”.

[Ir arriba](#)

El universo de Palabras a los intelectuales.

Fernando Rojas

El mundo simbólico de varias generaciones de cubanos, de la mayoría de nosotros, es el que creó la Revolución. Esté en la isla o en el extranjero, cualquier cubano ha sido marcado por el cine de Santiago, de Titón y de Humberto, por la poesía, desde Fayad y Retamar hasta Silvio, por el pensamiento, desde Moreno Friginals a Fernando Martínez Heredia, por la música de los Van Van, Chucho Valdés, Pablo, Santiaguito e Interactivo; y, sobre todo, por un tipo de sociabilidad nuevo, que nos acompaña ya varias décadas y que, aunque se mencione muy poco, es una de las más claras evidencias del cambio revolucionario. Los proyectos de las escuelas en el campo o de las movilizaciones masivas y las exitosas campañas internacionalistas, junto a la política educacional de pleno acceso y la abundancia de libros conformaron una lógica de las relaciones humanas basadas en la solidaridad, el colectivismo y el culto a la satisfacción espiritual. La idea de la cultura como derecho y como oportunidad para todos está en el fundamento de las relaciones sociales construidas por la Revolución. Aún en las circunstancias actuales, en las que pueden confluír el incremento de las carencias materiales y el empobrecimiento del gusto estético, esa sociabilidad se deja ver, a veces de manera difusa, y a veces escandalosamente. La presencia de la religiosidad popular, esencial expresión de la identidad cubana, conecta significativamente con este tipo de relación entre los seres humanos. De esto se trata "Palabras a los intelectuales". Suele recordarse solamente la sentencia de Fidel que entró en la historia desde entonces, pero el texto y su contexto son mucho más.

Por supuesto la convocatoria a las reuniones de intelectuales en la primavera y el verano de 1961, obedeció a una coyuntura, por demás bastante fácil de superar, si sólo de eso de hubiera tratado. PM, la película de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal, que el ICAIC decidió no exhibir, es un filme intrascendente. Su fama se debe, precisamente, a las reuniones de intelectuales de mediados de 1961.

A Fidel le interesaba sobre todo, contrarrestar la inquietud que el suceso con PM había despertado en intelectuales de mucha más valía que los directores del filme.

A la vez, el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario necesitaba zanjar esa cuestión para adentrarse en algo tan importante para él como la discusión sobre la censura y los límites a la creación; así, el discurso de Fidel tiene dos partes claramente identificables; pero la segunda casi ni se menciona.

De la parte conocida y divulgada se cita hasta la saciedad la célebre frase "dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada". Se cita mal, confundiéndola a menudo, por distracción o a propósito, con una frase de Trotsky, -que no dice lo mismo- y sacándola del contexto, pues inmediatamente después Fidel se refiere a cuestiones de derecho, en la lógica de la tradición iluminista, en el sentido de la revolución como fuente de derecho, apartándose un tanto de la cuestión de la libertad de creación. Pero sobre todo, se omite todo lo que sigue sobre la relación de la Revolución con la libertad, que va mucho más allá de la creación meramente artística y literaria, y se refiere claramente a la actitud de la Revolución y su gobierno ante el pensamiento y la actividad creadora que le acompaña.

Fidel habla de que hay que garantizar condiciones de trabajo a los escritores no revolucionarios, insiste en que deben poder trabajar en y con la Revolución. Esta perspectiva inclusiva, en otra parte del texto, se extiende a los contrarrevolucionarios: la Revolución solo renuncia a los que sean incorregiblemente reaccionarios, a los que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios. Es decir, se parte del criterio de que la posición contrarrevolucionaria puede ser coyuntural. Y, si de la creación se trata, ese aserto significa que sólo el proceso creador mismo y la circulación de la obra artística será el escenario en que se ventilen estas complejas cuestiones. La inclusión de todos, entonces, es la clave de las "Palabras." Años más tarde Carlos Rafael Rodríguez dirá que "el que no está contra nosotros, está con nosotros" y afirmará que son preferibles las dificultades por el exceso de libertad que las que provienen de la falta de esta.

En rigor, los asuntos del contenido y la forma de la obra de arte no pueden resolverse esencialmente en el acto de creación. Es absurdo, aún en nombre de la Revolución, pretender no ya normar, sino incluso conocer lo que pasa por la cabeza del creador. La relación de las instituciones con los artistas y escritores arranca del apoyo irrestricto a la búsqueda creativa, a la experimentación y a la complejidad de la forma y el contenido.

Cualquier influencia en la obra es posible sólo si las instituciones participan junto al artista y al escritor en el proceso creador, estrictamente en términos de igualdad y en ningún caso inquiriendo sobre la relación personal del creador con ese proceso. Es en el dominio de la promoción, a partir de las reacciones del público y la crítica en el que se vislumbra, por una serie de aproximaciones sucesivas, las perspectivas no sólo y no tanto ideológicas, sino de todo tipo en la naturaleza de la obra exhibida o publicada. Al arribar a este punto, las instituciones de la cultura trabajan con el criterio de que todo lo valioso puede y debe ser promovido. Lo realmente importante es establecer los circuitos de promoción, tan diversos como diversas son las obras artísticas y literarias y su naturaleza, y los públicos que acceden a ellas, a quienes -a los públicos- se les supone capaces de apreciar el arte y directamente participativos más que consumidores estrictos. La exclusión

se refiere sólo a "los incorregiblemente reaccionarios" y al mismo tiempo distingue entre la posición política del autor y la obra valiosa que puede y debe circular.

Saldada por el momento la cuestión de la libertad de creación, el líder de la Revolución pasa a explicar en extenso las ideas, discutidas previamente también con los artistas y escritores cubanos, sobre la promoción del arte y la literatura entre las grandes masas de la población. Las versiones manipuladoras de las "Palabras." omiten completamente esta parte del texto.

Ya para entonces, Fidel ha lanzado el conocido apotegma sobre la libertad de pensamiento de todos los cubanos: "No le decimos al pueblo cree; le decimos lee". En junio del 61 amplía ese criterio con la idea de multiplicar las posibilidades de las grandes masas de acceder al arte y la literatura, como complemento de aquella otra de hacer todo lo posible porque esas mismas masas estuvieran en mejores condiciones para comprender más y mejor las manifestaciones del arte y la literatura. Para emprender esta titánica tarea, esboza el concepto de la formación de instructores de arte, cuya misión fundamental estaría en detectar los talentos que ingresarían al entonces incipiente sistema de enseñanza artística, y "formar el gusto artístico y la afición cultural" de la población.

Se trataba, en primer término de garantizar el pleno acceso de la población a los bienes y servicios culturales, especialmente al libro. Hasta hoy, ese ha sido uno de los empeños principales de la Revolución y no se podrá cejar en él, frente a desviaciones burocráticas y concesiones mercantilistas.

Se estaban sentando las bases de dos vías de desarrollo de la cultura, inseparables una de la otra, que con el paso de los años se convertirían en procesos únicos, cuyos resultados no dejan de asombrar a quienes los conocen. Así, lo que comenzó con algunos proyectos locales y un par de academias en la capital, se fue ampliando y consolidando hasta convertirse en un sistema de enseñanza artística, que abarca los niveles elemental, medio y superior, y que se extiende por todo el país. Sus frutos más imperecederos están en la obra misma de los artistas e intelectuales con que contamos hoy en nuestro país, y cuya diversidad y calidad es reconocida en todo el mundo.

Pero a la vez, se comprendía desde ya, que sólo el acceso masivo al arte y la cultura lograrían la elevación de la espiritualidad, y por tanto, de la calidad de vida de la población. En años posteriores, se apostaría por el desarrollo del arte en las escuelas de todos los niveles de enseñanza, en los centros de trabajo con el apoyo de los sindicatos, y en la confluencia ulterior de programas especiales que abarcarían las prisiones, los discapacitados, y las zonas montañosas y de difícil acceso. El resultado más palpable de todo este proceso lo constituyó el fuerte y masivo movimiento de artistas aficionados, que en su mejor momento llegó a contar con más de un millón de miembros en todo el país, con muy altos niveles de calidad artística.

Se trata de todo un universo donde lo esencial es la práctica cultural masiva -bien desde lo apreciativo, bien desde la creación como aficionados- y la participación en procesos de desarrollo, que salvaguardan y promueven las manifestaciones y expresiones de la cultura popular. Universo que tiene en su centro el accionar de los instructores de arte, aquellos que en sus inicios actuaron de manera priorizada en granjas, cooperativas agrícolas, comunidades campesinas y grandes centros laborales, y que hoy tienen como esfera

fundamental de actuación las escuelas, de todos los tipos y niveles de enseñanza, donde las manifestaciones artísticas forman parte de los programas curriculares. La labor del instructor de arte como educador del gusto estético, como formador de públicos, como promotor de la participación activa de la población en sus procesos culturales, abarca además la identificación, preservación y promoción del patrimonio cultural vivo, a partir del respeto a los procesos identitarios de carácter local y a sus disímiles formas de expresión, y constituye un paradigma en el desarrollo cultural de la nación.

A pesar de la plataforma estratégica que trazó Fidel para los intelectuales, hubo importantes desviaciones de esa política en los años 70, que algunos estudiosos han llamado Quinquenio Gris, y otros Decenio. Esas distorsiones provocaron daños significativos a una parte de los escritores y artistas. Las consecuencias de tales normas y sus secuelas de parametración en el teatro y de censura en la literatura, dejarían una huella duradera en la población, que se perdería por un buen tiempo una parte importante de la producción cultural de vanguardia. La cuestión, si bien fue resuelta en términos de definición de política en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975, se prolongó por más tiempo. Fue más sencillo rectificar el error programático en los documentos políticos que eliminar las prácticas asociadas a aquel.

Las rectificaciones, es bueno reiterarlo, han sido rotundas. No son iguales ni parecidas las experiencias de los errores en la política cultural de la Revolución Cubana y las políticas y prácticas del llamado "socialismo real". La producción intelectual de aquellos años ha sido rescatada. Sus autores gozan de prestigio y reconocimiento. Las instituciones culturales dedican ingentes esfuerzos a promover a todo el que no fue publicado en aquella época y a estrenar las obras de teatro de esos años. El criterio prevaleciente es que toda la producción cultural cubana de valor, realizada en Cuba o fuera de ella, pertenece a la Revolución. Sostenemos que nos pertenecen Cabrera Infante, Lidia Cabrera y Reinaldo Arenas, entre muchos otros. A todos ellos se les ha publicado en Cuba, a pesar de las protestas desde el exterior. Defendemos el criterio de que se debe escuchar a Celia Cruz.

Una prueba importante para esta política fue el ascenso de importantes promociones de jóvenes escritores y artistas a finales de los años 80. Pocas veces resultó tan amenazado el capital simbólico de la Revolución, sin ella misma saberlo: se trataba de la amenaza a lo que de ella había absorbido una buena parte de sus mejores hijos. Una demostración de lo difícil que resultó superar el lastre de los 70 fue la incapacidad que manifestaron inicialmente las instituciones para relacionarse con esos jóvenes, -gran parte de los cuales conformaban las primeras promociones significativas del sistema de la enseñanza artística fundado por la Revolución-, que habían recibido todo el enorme caudal de conocimientos y herramientas consustanciales a la política cultural de "Palabras a los Intelectuales".

Los desencuentros institucionales con esta importante hornada de creadores cubanos se expresaron en incomprensiones estéticas, en carencias de una legitimación reclamada con justicia a gritos por el propio nivel de las obras producidas y en una politización innecesaria de hechos artísticos y literarios de vanguardia. El saldo negativo más importante fue la salida del país de un grupo de esos jóvenes, en su mayoría artistas de la plástica. Sin embargo, hoy sus obras se exhiben en Cuba, son conocidas por el público y analizadas por la

crítica, forman parte del patrimonio nacional y se muestran, por sólo citar un ejemplo, en las salas del Museo Nacional de Bellas Artes.

La conclusión más importante de este proceso es que a fines de los 80 y principios de los 90 se cancelan definitivamente las consecuencias para la promoción de la cultura cubana del llamado "quinquenio o decenio gris". La capacidad que demostraron instituciones y creadores para difundir la obra de la generación intelectual de los 80, con independencia del credo ideológico estético, del lastre de los recientes desencuentros y del lugar en que residieran los escritores y artistas, se consagró como parte de la política cultural. La promoción de la obra de cualquier joven artista o escritor cubano ha corrido desde entonces esa misma suerte. Como ya se ha afirmado por no pocos estudiosos y críticos, vivimos desde principios de los 90 una explosión creativa en todas las manifestaciones del arte y la literatura.

Los vestigios del pensamiento dogmático se atrincheraron en los sectores burocráticos, en un tipo de sensibilidad consustancial al funcionariado, más que en actos concretos contra la creación, que desde entonces ya resultaban imposibles. Se expresaron actitudes insensibles, propensas a promover lo mediocre y lo foráneo, refractarias a la influencia del mercado en el contexto de la crisis de los 90 y la penetración de aquel -por primera vez en muchos años- en la realidad económica cubana. Aquellos cambios de los 90, que hoy parecen a veces cosméticos ante las demandas de la realidad presente, fueron suficientes para generar nuevos tipos de desigualdades que reprodujeron lo peor de los prejuicios raciales de épocas anteriores y, frente a ellos un repuntar de las culturas y las creencias religiosas populares entre la masa de la población.

Para enfatizar el rechazo a cualquier tipo de dogma en la aplicación de la política cultural y en respuesta al intento de reivindicar a algunas personas responsables de los grandes errores de los 70, durante 2007 y 2008 las instituciones culturales y especialmente los escritores y artistas cubanos debatieron a fondo aquellas nefastas experiencias y sus consecuencias. Los resultados de ese debate son ampliamente conocidos. Se necesita que debates como ese se produzcan más a menudo y sin que estén dictados por razones coyunturales.

Los niveles educacionales y el acceso a la cultura alcanzados por los cubanos deberán preservarse y desarrollarse. La cultura es percibida como un derecho y esa percepción forma parte del legado revolucionario y del mundo simbólico de los cubanos de hoy, rico y digno, aún en la pobreza y amenazado por ella misma, por la insensibilidad burocrática, por el mercado y los modelos culturales hegemónicos a él asociados y por la contrarrevolución inescrupulosa e insaciable.

Habrà que preservar y enriquecer la cultura, además, porque de ella tendrá que nutrirse el imprescindible capital ideológico que sustente y enjuicie los cambios en curso. En la inevitable relación con el mercado, herramienta que el gobierno de la Revolución intenta usar contra las carencias de todo tipo, la actitud cultural ante el perseverante fetichismo de la mercancía será esencial para que aquel no nos consuma.

Los "incorregiblemente contrarrevolucionarios" son una exigua minoría, en Cuba y fuera de ella. Se puede pasar rápidamente por encima de la hilarante colección de referencias a la Cuba paralizada y miserable que nadie ve cuando la visita y de la masa opositora sólo existente en la prensa internacional. Se verá entonces que

el aporte de estos "intelectuales" se reduce a pretender organizar manifestaciones callejeras, siempre fracasadas, en sintonía total con la lógica de la política norteamericana contra Cuba que pretende por la presión combinada del bloqueo, las campañas mediáticas y la relación "pueblo a pueblo", hasta hoy desventajosa para esa política, crear un escenario más mediático que real de revuelta callejera, -como está de moda- que permita a los poderes constituidos y a las leyes norteamericanas establecidas organizar la intervención militar "humanitaria" contra Cuba.

Por supuesto, nada de esto es automático. No se trata del clásico agente de la CIA, embozado en una gabardina y armado de dos pistolas y cuatro cuchillos. Si así fuera, no haría ninguna falta dotar de un perfil "intelectual" a los alabarderos imperiales del presente. Se necesita que sean creíbles, que se comporten como voceros del cambio necesario. Sin embargo, cualquier lectura de sus cánticos demuestra fácilmente que son adversarios de cualquier cambio desde la Revolución y de su mundo simbólico en peligro. En su "obra" es evidente la satisfacción con los fracasos y las desgracias, camuflada por la profusión divulgativa de sus textos breves y elementales que se presentan por los medios controlados por las transnacionales como la verdad sobre Cuba.

Las mejores representaciones de la cultura y la Revolución, de uno y otro lado del quehacer político ineluctable, hace unos veinte años, ponían en solfa, desde cualquier signo ideológico, la relación entre lo nacional y lo revolucionario-socialista. La misma idea de Fidel de que en Cuba independencia, socialismo y Revolución están indisolublemente unidos fue cuestionada desde las múltiples orillas del pensamiento. Cuando la cuestión parecía zanjada, en tanto la Revolución venció la prueba de los 90, la crisis reciente y la apuesta decidida de Raúl por el cambio parecieron otra vez poner la misma cuestión sobre el tapete. Pero, -¿cosa extraña?- ya no resulta tan natural discutirla. En tanto en Cuba comienza a debatirse el reto que plantean a la cultura las transformaciones imprescindibles en la economía, en la inmensa mayoría de la producción intelectual de analistas y comunicadores en el extranjero y entre la minúscula contrarrevolución interna organizada, tanto la tradicional como la reformada, prevalece la idea del fracaso absoluto, le perspectiva de no dar el menor chance al gobierno de Raúl.

Una vez más nos encontramos ante un gigantesco desafío cultural, que compartimos con el mundo conocido y especialmente con los pobres de la tierra. Ahora, en medio de la crisis y en el inédito escenario de las extraordinarias tecnologías de la comunicación. La política cultural de la Revolución, las ideas de Palabras a los intelectuales, enriquecidas por una práctica de decenios y prevenidas contra la repetición de los errores de antaño, conservan vigencia. Para los tiempos que corren, nada mejor que una sentencia reciente de Fidel:

"Lo mejor de la cultura y los conocimientos deberá universalizarse y las identidades nacionales, el arte, las costumbres, hábitos, creencias, incluidos los dialectos de la más pequeña comunidad, frutos todos del talento y el trabajo laborioso de cada pueblo, han de preservarse como los más valiosos tesoros de la humanidad".

Prólogo del libro *Cuba, cultura y Revolución: Claves de una identidad*.

Publicado en La Jiribilla, no 530, 2-8 de julio de 2011.

[Ir arriba](#)



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)